
**Reconstrucción de un enfrentamiento: el Partido
Católico Nacional, Francisco I. Madero y los
maderistas renovadores (julio de 1911-febrero de 1913)**

José Antonio Serrano Ortega*
El Colegio de Michoacán

En la historiografía reciente sobre el gobierno maderista (1911-1913) se ha partido del supuesto de que el Partido Católico Nacional (PCN), fundado en 1911, mantuvo una *constante* oposición al presidente Madero. Robert Quirk, en su libro *The Mexican Revolution and the Catholic Church*, concluyó que si bien el PCN respaldó la candidatura de Madero a la presidencia de la República, rompió su alianza electoral después de las elecciones de septiembre de 1911 e impulsó varias medidas que intentaron minar la base de legitimidad del régimen posrevolucionario. El apoyo y la participación de los dirigentes del PCN en la decena trágica sería poco sorprendente dada la historia de enfrentamientos con Madero.

En cambio, Manuel Ceballos, en *La Rerum Novarum. El Catolicismo social: un tercero en discordia*, resaltó cómo los dirigentes del PCN actuaron de distinta manera ante la revolución de 1910 y ante el régimen maderista. Ceballos identificó dos facciones dentro de la organización política católica: por un lado, los antimaderistas que se opusieron a la revolución de 1910 y que consideraron que el régimen de Madero no podría restablecer la perdida paz social, por lo que la República se despeñaría en una nueva guerra civil; y por otro, los maderistas quienes apoyaron el triunfo de la revolución de 1910 al considerar que permitiría a los católicos participar abiertamente en

la vida política del país, lo que les había sido negado con el porfiriato, y porque varios de los objetivos políticos y sociales de Madero coincidían con los de parte de la dirigencia católica.

Manuel Ceballos concluyó su estudio en agosto de 1911, meses antes del arribo de Madero a la presidencia de la República. Retomo en este punto la narración de los acontecimientos considerando la división que estableció este autor entre católicos maderistas y antimaderistas.

El objetivo general de la presente investigación es analizar la forma en que los maderistas y los antimaderistas del PCN actuaron durante el régimen de Madero, las alianzas electorales que establecieron, la participación de sus diputados en la XXVI Legislatura federal, los mecanismos institucionales y los recursos periodísticos de que se valieron para influir en el régimen maderista con el fin de evitar que cayera en manos de los maderistas renovadores, y para resolver los problemas planteados después de la revolución. En especial, se analizarán las circunstancias políticas que unieron a estas dos facciones en contra de Madero, de tal forma que participaron en el golpe de Estado de febrero de 1913. De ahí el título de este artículo: se pretenden reconstruir los acontecimientos de la dinámica política que ocasionaron el enfrentamiento y la ruptura de los vínculos entre Madero y la dirigencia del PCN.

Para explicar este enfrentamiento fue imprescindible examinar la actividad y el ideario político de los maderistas liberales, o como se autodenominaron a partir de la XXVI Legislatura, maderistas renovadores, para quienes la revolución de 1910 debería cumplir los postulados doctrinarios que el porfiriato había dejado en suspenso, y por consiguiente, aplicar sin negociaciones la Constitución de 1857. Después del triunfo antirreeleccionista, los maderistas liberales exigieron a Madero resolver con rapidez las demandas políticas, agrarias y laborales de la revolución, romper su alianza y excluir del gabinete ministerial a los porfiristas y a los católicos, considerados las fuerzas contrarrevolucionarias. Al no incidir en la actitud del presidente, los maderistas renovadores intentaron impulsar la “revolución desde afuera”, a través de la primera Cámara de Diputados convocada después de la caída de Díaz. En las elecciones federales de julio de 1912, los maderistas liberales obtuvieron una mayoría

muy ligera que, sin embargo, les permitió dirigir la XXVI Legislatura federal, y desde ella influir en el gobierno de Madero. A partir de septiembre de 1912 y hasta enero de 1913, los maderistas liberales, que se constituirían como grupo parlamentario con el nombre de bloque renovador, de ahí su nombre, presentaron diversas iniciativas de ley tendientes a destruir la herencia del porfiriato. Estas iniciativas fueron tachadas por los católicos como “anárquicas y socialistas” acusando a la Cámara de Diputados de preparar una nueva guerra civil.

Es en la XXVI Legislatura donde se ubicaría el espacio político e institucional dentro del cual se desarrolló el enfrentamiento entre Madero, los dos bandos católicos y los maderistas liberales. Al contrario de Alan Knight y de Pablo Piccato,¹ sostengo que la Cámara de Diputados, dirigida por los maderistas renovadores, fue considerada por los católicos como una institución peligrosa que podría apoderarse del gobierno posrevolucionario, por lo que se unieron al golpe de Estado de febrero de 1913. Fue en el Congreso donde se rompió definitivamente el frente heterogéneo que Madero había intentado organizar con el fin de transitar pacíficamente a un gobierno posrevolucionario.

La organización del Partido Católico Nacional: antecedentes y la Convención de agosto de 1911

El derrumbe del porfiriato y el triunfo del movimiento maderista representó para los dirigentes católicos la oportunidad de cumplir uno de los objetivos de la encíclica papal *Rerum Novarum*: participar abiertamente en la vida política del país. Publicada en 1892, la encíclica conminaba a los laicos y a la jerarquía eclesiástica a resolver la “cuestión social”, que abarcaba desde los conflictos generados por el liberalismo a la sociedad del siglo XIX, pasando por el replanteamiento de la función de la Iglesia y del Estado en la sociedad, hasta el de las relaciones entre los obreros y los capitalistas, los campesinos y los hacendados.² Medio privilegiado para construir la alternativa católica fue la participación activa de los católicos en las luchas políticas y en la organización de los campesinos y de los obreros.

Manuel Ceballos resaltó las distintas reacciones que la encíclica generó entre los católicos mexicanos entre 1892 y 1911. A partir de 1899 la jerarquía eclesiástica y los dirigentes seculares impulsaron una serie de medidas para difundir y aplicar los postulados de la alternativa social cristiana. En gran parte se cumplió el primer objetivo con la fundación en 1899 de *El País*, que junto con *El Imparcial* fue el otro periódico con mayores tirajes del porfiriato y de los primeros años del maderismo.³

Para aplicar los postulados de la alternativa católica, entre 1903 y 1909 se llevaron a cabo siete congresos —tres agrícolas y cuatro católicos— los que contituyeron los ejes rectores de la movilización católica. En ellos se discutieron las bases del proyecto de reforma social,⁴ se vincularon los dirigentes de las distintas regiones de México,⁵ y se sentaron las bases de las cuatro principales instituciones conformadoras del PCN: los círculos obreros, las Cajas agrícolas Raiffeisen, el Círculo Católico Nacional y los Operarios Guadalupanos.

Parte de la jerarquía eclesiástica y de los dirigentes seculares de clase media, autodenominados católicos sociales, organizaron en la llamada Unión Católica Obrera, fundada en 1908, a cerca de 14 000 obreros de las ciudades de México, Morelia, Zamora, Oaxaca, Zacatecas, Aguascalientes, Tulancingo, Chihuahua y Guadalajara.⁶ En este mismo sentido, los católicos sociales auspiciaron las cajas agrícolas Raiffeisen para dignificar a la “clase agrícola pobre”, promover la formación de una clase media rural y para “politizar” a los campesinos.⁷ Los círculos y las cajas proporcionaron al PCN sus activas organizaciones de masas.⁸

En 1909 se reestructuró el Círculo Católico Nacional y se creó el Círculo de Estudios Católicos Sociales de Santa María de Guadalupe, mejor conocido como los Operarios Guadalupanos, las dos instituciones de donde saldrían la mayoría de los dirigentes nacionales del PCN. El Círculo Católica tenía entre sus principales objetivos “extender la acción católica a todas las clases de la sociedad por cuantos medios se hallen a su alcance con el fin de conseguir el reconocimiento a la Iglesia de su personalidad jurídica”.⁹ Su dirigente era Gabriel Fernández Somellera, primer presidente del PCN.

Los Operarios Guadalupanos, por su parte, pugnaban por resol-

ver la “cuestión social”, por difundir la democracia cristiana y en especial, por “formar grupos en todas partes, iniciarlos poco a poco en los asuntos políticos, elecciones, etc., a efecto de que en un momento dado contemos con elementos para entrar en la liza de elegir gobernantes, diputados y lo que sea necesario y benéfico para Dios y la patria”.¹⁰

Por consiguiente, para 1910 funcionaba un amplio y organizado movimiento social católico y una dirigencia eclesiástica y seglar favorable a intervenir activamente en la vida pública del país, en especial a través de la fundación de un partido político. El momento propicio llegó con la revolución de 1910. En mayo de 1911 se reunieron los dirigentes del Círculo Católico y de los Operarios Guadalupeños para redactar las bases del programa del Partido Católico Nacional,¹¹ en el que se proponía solucionar las demandas tanto de los campesinos, a través de instituciones de crédito que fomentaran las pequeñas y medianas propiedades agrícolas, como las de los obreros, siguiendo el programa de la *Rerum Novarum* que conciliaba “los derechos del capital y del trabajo”, no perturbaba el orden y respetaba los derechos de los capitalistas o empresarios.¹²

En la parte política del proyecto se proponía que “El Partido Católico Nacional, dentro de las instituciones existentes, ejercerá el derecho de exigir la reforma de la legalidad por medio de la legalidad, sobre la base constitucional de la libertad religiosa”.¹³ La legalidad a reformar era la Constitución de 1857, las leyes “sectarias” que tanto atacaban los católicos.¹⁴

La primera contienda electoral en la que participó el PCN después de su fundación fue la elección presidencial de 1911. El PCN convocó para agosto a una Convención nacional en donde se elegirían los candidatos a los puestos de elección popular. Vale la pena observar con cuidado esta asamblea porque durante ella se expresaron abiertamente las dos tendencias que habían dividido políticamente a los católicos desde 1910, y que los seguirán dividiendo hasta finales de 1912: los maderistas y los antimaderistas.¹⁵ El principal punto de fricción en la Convención fue la discusión y designación del candidato a la presidencia y a la vicepresidencia de la república. Madero obtuvo la nominación por un escaso margen, 35 000 votos,

contra 31 000 de Francisco León de la Barra. El resultado de la votación muestra que los dirigentes del PCN estaban muy divididos.¹⁶

Los delegados antimaderistas, que respaldaron hasta el último momento a León de la Barra, provenían sobre todo de las organizaciones católicas de Veracruz, Michoacán, Puebla, Hidalgo y Durango. Se pueden describir algunos de sus principales rasgos programáticos siguiendo el antimaderismo militante de Refugio Galindo, dirigente de los Operarios Guadalupanos. A dos meses de la promulgación del Plan de San Luis, el doctor Galindo publicó en *El Tiempo* una protesta contra las perturbaciones públicas. Calificaba a la revolución de insana ya que “¿Quién no ve que una nueva guerra civil —la peor de las desgracias públicas— haría que nuestra amada patria se despeñase en el abismo?”. En cambio, proponía como solución a los males nacionales el respaldo a las autoridades y a la evolución pacífica que “carece de las consecuencias desastrosas de la revolución, y es manantial de bienes”.¹⁷ Aparecía en este escrito la crítica que los antimaderistas harían a la revolución como un mal generador de guerras civiles.

Pocos días antes de la Convención del PCN, Galindo envió a los Operarios Guadalupanos una circular para generar un consenso opuesto a la candidatura de Madero. En alusión a uno de sus principales postulados, Galindo apuntaba:

La teoría del sufragio efectivo parece no tener trazas de llegar a la práctica; el sistema de consigna en los de arriba y servilismo en los de abajo se observa en varias partes; el caciquismo viejo va siendo remplazado por el nuevo, ¿cuál será peor? Todo ello trae cierta agitación e inseguridad en los ánimos que a muchos lleva a suspirar por la tranquilidad de otros tiempos.¹⁸

La añoranza de los tiempos de paz y la inutilidad de la revolución constituirán dos de las principales críticas de los antimaderistas católicos al régimen posrevolucionario. Consideraban que Madero no podría organizar un gobierno fuerte que, como el de Díaz, preservara la paz social. Muy al contrario, la revolución acentuaría la lucha entre el “pueblo bajo y las clases acomodadas”, y seguiría su lógica de destrucción hasta concluir en la disolución social.

Galindo, en una circular posterior a la Convención de agosto de 1911, atizó el temor de los católicos sobre la revolución al presentarla como una incontrollable lucha de clases y al acusar a Madero de haber obtenido la candidatura del PCN gracias al apoyo de “las masas del pueblo bajo de algunas regiones de México”, mientras que los que respaldaban a de la Barra “provenían de las clases más elevadas de la sociedad”.¹⁹

Por su parte, el grupo maderista dentro de la Convención católica aglutinaba a los delegados de Zacatecas, Guanajuato, Aguascalientes, Jalisco, Chiapas, Nayarit y “otros estados”.²⁰ Desde 1909 los católicos maderistas habían fijado su posición ante la figura y los postulados de Madero. Luis de la Mora escribió a Miguel Palomar y Vizcarra, influyente y activo dirigente católico, que había asistido en Monterrey a un concurrido mitín del Partido Antirreeleccionista, y que si bien Félix Palavicini y Jesús Urueta habían mostrado un marcado anticlericalismo, Madero no había “atacado a nuestra religión” aunque se había comprometido a respetar la Constitución.²¹

La candidatura de Madero prosperó en la Convención de 1911 gracias al peso político y a la representatividad de los delegados maderistas católicos, quienes eran los dirigentes de los estados en donde el PCN contaba con las mayores organizaciones campesinas, agrarias y urbanas, y en donde en 1911 y 1912 se obtuvieron la mayor cantidad de puestos de elección del total que controlaba el PCN.²² La geografía política católica pesó en favor de la candidatura de Madero y en los acuerdos de la Convención, ya que los maderistas dirigían y representaban a las zonas católicas más numerosas y mejor organizadas del país.²³

Los maderistas católicos apoyaron la candidatura de Madero por varias razones: primero, al considerar que el triunfo del movimiento antirreeleccionista permitiría a las organizaciones católicas, y en especial al PCN, ocupar puestos de representación electoral y cargos en la administración pública local y nacional, a partir de los cuales se podría modificar el *status* legal de la Iglesia e impulsar los postulados de la alternativa católica; segundo, porque la plataforma política y social de Madero coincidía en varios puntos con la del PCN, por lo que eran posibles las coaliciones, y tercero, y muy importante, para evitar que los “candidatos populacheros” que habían surgido después

del movimiento armado dirigieran al nuevo régimen. Sobre este último tema, en diciembre de 1911 Miguel Palomar y Vizcarra afirmó ante los directivos del PCN en Jalisco que

Hoy el pueblo se levanta enreído por las promesas de una revolución que tuvo más de social que de política y se deja seducir por las prédicas halagadoras de ciertos candidatos populacheros, y no es escaso el número de hombres ambiciosos de nuestro pueblo bajo que consideran como un hecho el próximo reparto de las tierras mediante ciertos procedimientos que ellos no se preocupan de estimar si son o no legítimos.²⁴

Para evitar que estos funestos postulados tuvieran acogida entre los campesinos, el orador proponía difundir la *Rerum Novarum* y evitar la lucha agraria.²⁵

En parte se puede explicar el origen social de las distintas posturas de los maderistas y los antimaderistas católicos. En primer lugar, los dirigentes de la primera facción provenían de los grupos medios de los estados y los antimaderistas de los altos que se habían beneficiado del desarrollo económico y de la política de conciliación del porfiriato.²⁶ En segundo lugar, en el grado de relación que tenían con la élite porfirista. Analizando el anexo prosopográfico que proporciona Guerra en su libro *Del Antiguo Régimen a la Revolución*, salta a la vista que gran parte de los dirigentes católicos antimaderistas del Círculo Católico, al contrario de los maderistas, gozaban de canales de comunicación y vínculos de parentesco con la élite porfiriana.²⁷

Para identificar las posturas de estos grupos ante el gobierno de Madero he analizado las líneas editoriales de sus respectivos periódicos: *La Nación* maderista y *El País* antimaderista. Este último periódico fue dirigido hasta mediados de septiembre de 1912 por Trinidad Sánchez Santos y después por Francisco Elguero, diputado a la XXVI Legislatura y destacado dirigente antimaderista en la Convención de 1911. *La Nación*, órgano oficial del PCN, se fundó en junio de 1912 y fue nombrado como su primer director el maderista Eduardo Correa, diputado a la XXVI Legislatura y quien contaba con el poderoso respaldo de los dirigentes de los estados maderistas de Jalisco, Zacatecas y Aguascalientes.

Madero y el PCN: octubre de 1911-agosto de 1912

Desde 1909, Madero propuso una plataforma política y social que contribuyó a que un importante grupo de la dirigencia católica lo considerara un posible aliado. Coherente con su postura de aceptar la realidad social, de construir una sociedad de votantes individuales y, en especial, de impulsar un amplio frente a favor de la democracia,²⁸ Madero sostuvo en *La sucesión presidencial* que el clero había evolucionado desde la guerra de reforma y que, por consiguiente, “no intentará retrogradarnos más de medio siglo”; que su influencia moral sobre los votantes era legítima y que no sería coherente aprobar el sectarismo que prohibía participar en el diálogo nacional a los que profesaran ideas contrarias.²⁹ Se debería de hacer a un lado la lucha entre conservadores y liberales, ya que el principal peligro que acechaba al país era el militarismo y no la iglesia.

En entrevista concedida al periódico *El Tiempo*, en junio de 1910, Madero reafirmó su promesa de no perseguir a los católicos, ya que como liberal consecuente aprobaba la libertad de expresión y “respetaría la decisión de los representantes de los pueblos en las Cámaras legislativas”.³⁰ Sobre la participación de los católicos como partido político, en junio de 1911 envió al Centro General una carta alabando la organización del PCN como “el primer fruto de las libertades que hemos conquistado” y sostuvo que el programa católico coincidía con el que hacía poco había publicado junto con Vázquez Gómez.³¹ En la Convención de agosto de 1911, obtuvo la candidatura del PCN a la presidencia de la República al hacer “grandes proposiciones” a Fernández Somellera³² y al comprometerse ante el obispo Mora y del Río a respetar la plena libertad de acción de los católicos.³³ Existían, efectivamente, coincidencias programáticas e ideológicas entre Madero y los católicos que permitieron y alentaron alianzas electorales y políticas.

Dos acontecimientos pusieron a prueba sus relaciones después de la Convención del PCN: las elecciones para gobernador del Estado de Jalisco y las correspondientes para diputados federales de julio de 1912.

En la contienda electoral de Jalisco, Madero tomó una actitud favorable a las demandas del PCN. Después de la derrota del régimen

porfirista se nombró a Alberto Robles Gil gobernador interino del Estado, quien si bien consideró la posibilidad de convocar a comicios para gobernador y postularse como candidato oficial, rechazó esa medida al ganar los candidatos del PCN todas las elecciones de diputados locales y municipales.³⁴ El Centro General del PCN exigió a Madero el respeto a la legalidad electoral, quien ordenó al gobernador interino convocar a elecciones en marzo.³⁵ Los comicios se llevaron a cabo y el candidato del PCN, José López Portillo y Weber ganó la gubernatura. Sin embargo, Robles Gil no aceptó los resultados y amenazó con rebelarse para impedir que el PCN ocupara la gubernatura. El presidente de inmediato habló con López Portillo y le dio plenas seguridades de que movilizaría al ejército en caso de que el gobernador interino no abandonara el puesto.³⁶

En torno a las elecciones federales al Congreso de julio de 1912, Madero no ordenó entorpecer o controlar las candidaturas católicas; por el contrario, Madero intentó negociar con el Centro General católico candidatos comunes en algunos distritos electorales. Sin embargo, las conversaciones se suspendieron cuando Gabriel Fernández Somellera, presidente del PCN, exigió 100 diputados para continuar la negociación.³⁷ Si bien no hubo un acuerdo general, las coaliciones sí funcionaron en algunos distritos de los estados de Puebla y Jalisco.³⁸

La Nación y El País ante las elecciones federales de julio de 1912

Durante y después de las elecciones federales de diputados en julio de 1912, se expresaron abiertamente las posturas de los católicos antimaderistas y maderistas, reacciones que se pueden documentar a través de los editoriales y noticias de los periódicos *El País* y *La Nación*. Los días 9, 12 y 16 de julio, *El País* acusó a Madero de haber violado la libertad de sufragio, ya que los caciques y jefes políticos, principales blancos de ataque de la revolución, continuaban imponiendo su voluntad en la República con el consentimiento del presidente. En estas elecciones el gobierno maderista había “doctorado” los antiguos métodos de Díaz³⁹ al violar su principal bandera, el

sufragio efectivo. Por consiguiente, concluía *El País*, lo único que se había conseguido con el triunfo revolucionario, fue que el zapatismo se esparciera por todo el país y que los obreros se declararan en huelga al grito de “vamos a robar”.

Al contrario de *El País*, *La Nación*, órgano oficial del PCN y de los católicos maderistas, siguió otro camino ante el proceso electoral federal. Su director, Eduardo Correa fijó como línea editorial no confrontar violentamente al régimen maderista, como *El País*, sino intentar abrir caminos de negociación con Madero y con políticos calificados de no radicales. Entre julio y agosto, meses en que se calificaron las elecciones de diputados federales, *La Nación* diferenció sus críticas al proceso electoral: se quejó de que en algunos distritos se habían cometido fraudes, pero los achacó a los caciques porfiristas que habían sobrevivido a la revolución y algunos liberales, y no a una orden expresa del presidente de la República.⁴⁰

Correa, en carta a Palomar y Vizcarra, resumió la postura del periódico católico maderista durante los meses de julio y agosto. Se quejó de que Madero había obstaculizado las campañas de los diputados católicos y había restringido la libertad de imprenta. Pero a continuación agregaba, “Por supuesto que en confianza le diré que yo en el pellejo de nuestro hombre haría lo mismo para sostenerme, puesto que si no hubiera puesto un hasta aquí al sensacionalismo de la información, ya no estaría en el poder”.⁴¹

Como veremos, este apoyo al régimen de parte de los católicos maderistas empezaría a cambiar a partir de la reunión de la XXVI Legislatura, en septiembre de 1912.

Hasta ahora hemos presentado a dos de los actores de esta investigación, a Madero y a los católicos. A continuación dibujaremos a los maderistas liberales o renovadores.

Los maderistas renovadores: un tercero en discordia

Arnaldo Córdova definió con acierto a los liberales opositores al régimen porfirista cuando señaló que para ellos el presente era sobre todo la aplicación sin negociaciones de la Constitución de 1857.⁴² En espe-

cial, acusaban a Porfirio Díaz de violar los principios rectores de la Constitución al impulsar la llamada política de conciliación con la Iglesia.⁴³ Consideraban que el auge de la Iglesia era imputable directamente al gobierno y al viejo Partido liberal, quienes habían abandonado el combate contra las “tinieblas del dogma” para afianzar su poder.⁴⁴

Para evitar el contubernio entre el gobierno, los viejos liberales y la Iglesia, los liberales de oposición organizaron varias manifestaciones contra la política de conciliación, la reelección de Díaz y las modificaciones a la Constitución. En este ambiente cargado de continuas protestas, las declaraciones del obispo de San Luis Potosí, en junio de 1900, fue la ocasión propicia para la organización de un amplio frente que aglutinó a los liberales mexicanos opositores al régimen de Díaz.⁴⁵ Camilo Arriaga publicó una carta abierta invitando a los liberales del país a reunirse en la capital de su Estado a discutir los medios para “llevar a la práctica la unificación, solidaridad y fuerza del Partido Liberal” con el fin de detener el auge de la Iglesia y para defender la Constitución de 1857.

Dos importantes consecuencias resaltan del Congreso de San Luis Potosí: primero, coaligó en un amplio frente político a los principales centros en torno a los cuales se habían organizado los liberales mexicanos: las logias masónicas, los clubes, los gremios magisteriales y las sociedades protestantes;⁴⁶ en segundo lugar y relacionado con lo anterior,

por primera vez, las sociabilidades societarias salen como tales de la sombra del ámbito privado para desembocar en la acción política abierta, con una organización que quiere ser pública, permanente y destinada a todos: se llegará a la reforma democrática por la iniciativa particular, secundada y extendida hasta convertirse en acción colectiva.⁴⁷

El Congreso impulsó la participación política organizada de los liberales. Entre 1909 y 1910 estos liberales se dividieron. Unos se unirán al magonismo y otros al movimiento antirreeleccionista encabezado por Madero. Este último grupo apoyó al Partido Antirreeleccionista ya que su programa prometía cumplir varias de sus demandas: el énfasis en la democracia y en una república de ciudadanos, el respeto al voto y, sobre todo, la posibilidad de derribar al dictador.

Los pronunciamientos de Madero de organizar un amplio frente nacional en contra de la dictadura, incluyendo a los católicos, de revisar la Constitución de 1857 y de evitar el enfrentamiento tradicional entre clericales y liberales, no agradó a estos liberales, pero como bien señala Bastian, prefirieron dejar en segundo plano su anticlericalismo “en la comparación de la prioridad que daban a sus reivindicaciones cívicas y democráticas: bien podrían tolerar un catolicismo democrático dispuesto a combatir la hegemonía de Díaz”.⁴⁸ Los dirigentes liberales dejaron en compás de espera su lucha contra sus enemigos tradicionales y se unieron entusiastas a la contienda electoral de 1909-1910 y al movimiento armado.

Sin embargo, el triunfo maderista marcó un cambio en la estrategia y en el discurso político liberal, como lo podemos rastrear en Luis Cabrera, una de las figuras más influyentes durante el periodo maderista, quien dirigió el grupo de diputados renovadores en la XXVI Legislatura y enfrentó a los diputados católicos. El 27 de abril y el 19 de julio de 1911, Cabrera publicó dos documentos previniendo a Madero de las consecuencias del Tratado de Ciudad Juárez, el cual había dejado casi intacta a la élite política y a las instituciones porfiristas que en cualquier momento podrían atentar contra la victoria maderista. Para enmendar este error, Cabrera propuso a Madero tres medidas para consolidar el orden revolucionario: primero, retirar del gobierno a los “elementos desencadenantes y contrarrevolucionarios” de la administración pública y en cambio “hacer posible el dominio de los jefes de la revolución”;⁴⁹ segundo, un fuerte presidencialismo con un gabinete que aglutinara a hombres con iguales intereses y mismas estrategias sobre el cambio social y económico, y por último, un aguerrido poder legislativo que impulsara una reforma profunda de la legislación porfirista. Como es bien sabido, Madero no siguió las medidas de Cabrera.

Al no obtener el respaldo de Madero a su estrategia, Cabrera consideró a la Cámara de Diputados como la institución capaz de imponer al presidente el derrumbe del “antiguo régimen”. Así lo expresó en su discurso del 13 de septiembre de 1912 ante el pleno de diputados:

¿Qué hemos hecho para dar cumplimiento a las promesas de la revolución de 1910? Nada; apenas cambiar unas cuantas personas, apenas cambiar al General Díaz y de aquí de esta Cámara es de donde debe salir el resto; de aquí es necesario que salga la obra de la renovación. No hay que esperarlo de D. Francisco I. Madero, no hay que esperarlo de su gabinete, no hay que esperarlo de la autoridad política; hay que promoverla, iniciarla, luchar por ella, persiguiéndola aquí en el seno de esta representación.⁵⁰

Para Cabrera la Cámara de Diputados impondría los cambios “desde afuera” al gobierno nacional. De ahí que considerara prioritario que los maderistas liberales obtuvieran la mayoría parlamentaria en la XXVI Legislatura, para asegurar la renovación y el avance de la revolución.

Ahora bien, para Cabrera ¿quiénes eran los que obstruían el cambio revolucionario? En primer lugar, los “científicos”, los políticos porfiristas que gracias a los Tratados de Ciudad Juárez habían sobrevivido y seguían conservando un considerable poder. En segundo lugar, los católicos. Acorde con su visión de que la historia se había movido por la lucha entre monárquicos y republicanos, liberales y conservadores,⁵¹ Cabrera afirmó en una entrevista a *El Diario del Hogar*, en junio de 1912, que los enemigos de los diputados renovadores serían los católicos, quienes irían a la Cámara a obstruir la marcha de la revolución.⁵²

Muchos liberales antiporfiristas, que se habían unido a la amplia coalición antirreeleccionista, siguieron la misma evolución política de Cabrera. El presidente recibió múltiples presiones para endurecer su actitud frente a los católicos. Federico González de la Garza, Carlos Madero, Heriberto Barrón y Adolfo Huerta Vargas previnieron a Madero del peligro que acechaba al país en caso de que no se detuviera a los católicos. Señalaba Barrón:

Creo que el Partido católico ha estado haciendo tanteos políticos para medir sus fuerzas y que encontrándose bastante fuerte y bien organizado, y aprovechando la oportunidad de que nosotros estamos divididos y haciéndonos pedazos, ha decidido antes que esperar nuestra organización y resistencia, apoyar la revolución dándole o sugiriéndole bandera y apoderarse resueltamente del poder.⁵³

Madero respondió a estas críticas diciendo que los políticos católicos y porfiristas “también son mexicanos y hermanos nuestros que tienen el derecho a que se les trate como tales”.⁵⁴

Al no obtener de Madero las concesiones exigidas, los maderistas liberales se aprestaron a solucionar “las demandas de la revolución” aprobando el camino marcado por Cabrera, es decir, desde el Congreso que se reuniría a partir de septiembre de 1912 se impondrían los cambios al gobierno maderista. El Partido Constitucional Progresista (PCP), el partido de los maderistas liberales, publicó un manifiesto el 12 de abril de 1912, en donde indicaba que intentaría ganar la mayoría en la Cámara de Diputados para acelerar la solución de las demandas de la sociedad en armas y⁵⁵ resolver los problemas que los Tratados de Ciudad Juárez habían dejado en vilo.

El PCP obtuvo un limitado apoyo de Madero a sus candidatos a diputados federales. Se han encontrado pocos casos de intervención directa del gobierno nacional a favor del PCP. El presidente recomendó al gobernador de Zacatecas formar listas de candidatos favorables al gobierno y, a través de su secretario particular, Federico González de la Garza, exigió a los diputados del PCP llevar a cabo activas campañas.⁵⁶ En otros estados, como Tabasco, Madero intentó intervenir a favor de los candidatos oficiales, pero la orden llegó demasiado tarde.⁵⁷

Esta posición del presidente de no intervenir activamente a favor de los maderistas liberales muy probablemente restó fuerza al PCP y a sus aliados, quienes obtuvieron una mayoría muy cerrada en los comicios federales. François Xavier Guerra calculó que 144 diputados renovadores formaban la mayoría y 101 la minoría, de los cuales 42 eran católicos.⁵⁸ El PCP y sus aliados electorales triunfaron sobre todo en los estados del norte de México, en donde contaba con organizaciones que respaldaron a sus candidatos.

La limitada mayoría de los maderistas liberales hizo temer a sus dirigentes que no podrían profundizar la revolución desde la Cámara de Diputados. Por lo que, según Fernando Iglesias Calderón, los directores del PCP discutieron si anulaban las elecciones.⁵⁹

Aunque finalmente no las anularon, los maderistas liberales sabían que llegaban a la Cámara con una débil mayoría, por lo que, para fortalecer su presencia parlamentaria, buscaron alianzas con

otros grupos y rechazaron varias credenciales de los católicos y de los científicos.

Los católicos antimaderistas y maderistas, los maderistas renovadores y Francisco I. Madero (septiembre-octubre de 1912): la XXVI Cámara de Diputados Federal

El 1 de septiembre abrió sus sesiones la XXVI Legislatura federal. Cinco eran los grupos parlamentarios que desde un primer momento se definieron en la tribuna:⁶⁰ El **bloque renovador**, que constituía la mayoría parlamentaria, aglutinaba a los diputados del PCP, al Liberal y algunos candidatos independientes. Sus dirigentes eran Serapio Rendón, Jesús Urueta, Gustavo A. Madero y Luis Cabrera. Los **independientes**, diputados que fueron electos sin estar adscritos a un partido, pero ligados a Francisco Vázquez Gómez, como Francisco Elorduy, y al porfiriato, como Luis Vidal y Flor y Tomás Braniff. Los **liberales**, grupo muy heterogéneo de políticos distanciados desde 1908 de Ricardo Flores Magón y cercanos a las ideas de los renovadores. Los **católicos**, el grupo más compacto dirigido por Manuel de la Hoz y Francisco Elguero. El **cuadrilatero** estaba formado por Querido Moheno, Francisco M. de Olaguíbel, Francisco García y José María Lozano, enemigos del maderismo.

Desde el inicio de las sesiones estos grupos parlamentarios establecieron alianzas frente a la calificación de sus credenciales. El 2 de septiembre se reunieron los líderes de las fracciones del PCP y Liberal y algunos diputados independientes para organizar el Bloque Liberal Renovador, aprobar sus credenciales, dirigir las comisiones más importantes de la Cámara y unirse en contra del PCN, considerado el enemigo común.⁶¹ Por su parte, los diputados católicos se reunieron en la casa de Eduardo Tamariz con García Naranjo, Lozano, Olaguíbel y algunos independientes para discutir la conformación de las comisiones y para votar a favor de sus credenciales.⁶² Además de esos dos objetivos, los católicos se coaligaron con declarados opositores al gobierno de Madero al creer que podrían obtener la mayoría.⁶³

La calificación de las credenciales fue el primer enfrentamiento entre los católicos y el bloque renovador en la Cámara de Diputados,

y durante la cual Luis Cabrera desarrolló los contenidos doctrinales de los cuestionamientos hechos a los católicos. El 12 de septiembre, Cabrera exigió a los diputados liberales rechazar las credenciales de los católicos basado en un “criterio político”. Acorde con su postura planteada desde 1911, Cabrera consideraba que la Cámara debería promulgar y renovar las leyes que “cerraran las heridas” que los Tratados de Ciudad Juárez habían dejado abiertas.⁶⁴ Por lo tanto, el criterio político consistía, primero, en asegurar una mayoría parlamentaria a los diputados revolucionarios y, segundo, en rechazar las credenciales de los católicos y de los científicos, quienes iban a la Cámara a obstruir la renovación.⁶⁵

Blas Urrea aseguraba que “la labor sagrada que tenemos todos los diputados de esta legislatura es la labor renovadora, y ¿el Partido católico viene a ayudar a la labor de renovación? Indudablemente no”.⁶⁶ Además los católicos, “como herederos de los que trajeron a Maximiliano”, enemigos del cambio, portavoces de los “que aún oyen el eco de las voces de Díaz”, representaban el peligro de la restauración del porfiriato. “No nos arrepintamos dentro de tres meses de la caída de Madero —señaló Cabrera— ahora debemos de construir una mayoría que cumpla con la revolución y evite el regreso de la contrarrevolución”.⁶⁷

Francisco Elguero fue el diputado católico encargado de responder a los ataques del grupo renovador. De entrada, Elguero rechazó el criterio político de Cabrera, que se basaba en la “injusta e irracional” razón de Estado y en el aniquilamiento de los que pensaran distinto. El criterio para calificar todas las credenciales debería de ser “el de la legalidad y el respeto al voto popular”. De lo contrario “desde ese momento la Cámara, cegada por la pasión, elude sus deberes y desde ese momento os convertiríais en dictadores de caricatura”.⁶⁸

La posición política de los católicos se basaba en el papel que le atribuían a la XXVI Legislatura. Elguero consideraba que la Cámara era el camino para construir un régimen posrevolucionario que apaciguara al país y organizara lentamente un sistema de gobierno basado en una nueva legitimidad política.⁶⁹ El PCN promovería reformas que no desgarraran de nueva cuenta al país, como había sucedido en 1910, sino que contruyeran un orden estable. “El PCN, conti-

nuaba Elguero, no viene a revolucionar [...] no viene a destruir, sino a perfeccionar, haciendo las instituciones completamente libres”.

El debate parlamentario sobre la calificación de las credenciales acercó mucho, pero no del todo, las posturas de los católicos maderistas y los antimaderistas, como se puede seguir en sus órganos de difusión periodística. *La Nación* y *El País* criticaron acremente la postura de Luis Cabrera, pero con términos y objetivos políticos distintos. Primero apuntó las coincidencias. Ambos calificaron como un atentado a la estabilidad social las “intransigentes” declaraciones de los diputados renovadores. Señalaba *La Nación* en su editorial del 13 de septiembre: “Blas Urrea ha hecho en el recinto de la Cámara la consagración de la injusticia y esto es inmoral. Ha laborado más por la revolución y la anarquía ya que mientras no tengamos justicia, no lograremos tener paz”.⁷⁰ El periódico concluía que el PCP había consagrado el principio de la fuerza que orillaría al país a una nueva guerra civil. *El País* coincidía en deslegitimar a la Cámara de Diputados como una instancia posible de cimentar la paz social.⁷¹

Las divergencias se dieron sobre todo en la evaluación del sistema porfirista, y, por consiguiente, en la justificación de la revolución de 1910. Repitiendo argumentos antimaderistas que ya vimos surgir en agosto de 1911 con Galindo, *El País* se empeñó en justificar al porfiriato como una época en la que si bien había privado el despotismo, México había gozado de una estabilidad social que no estaba asegurada con Madero.⁷² A raíz de la calificación de las credenciales de Lozano, Olaguíbel y García Naranjo, *El País* justificó a los científicos, quienes formaban el elemento conservador necesario para lograr el desarrollo económico con su “positivismo [...] doctrina para cohonestar todos los males de la vida industrial”.⁷³

En cambio, para *La Nación* el juicio sobre el porfiriato era distinto:

todos los males que está sufriendo la Patria, al menos en su mayor parte, se deben únicamente a aquel régimen pasado contra el cual se rebeló el pueblo mejicano, puesto que fue él quien puso la base del desconcierto en que ahora nos encontramos. El general Díaz no podrá ser justificado ante la historia imparcial.⁷⁴

Para este periódico, el porfiriato había sido una época en que las decisiones se tomaban sin consultar el sentido de la mayoría de los mexicanos y en la que el liberalismo había reducido los derechos políticos de los católicos y había provocado los problemas sociales que desembocaron en la revolución. En una abierta crítica a *El País*, *La Nación* aseguraba que el porfiriato era una etapa que no debería de regresar.

La Nación se valió de esta misma imagen negativa del porfiriato para justificar sus críticas a los diputados renovadores y a Cabrera. En sus editoriales titulados “El Antifaz”, “El liberalismo de Blas Urrea” y “Los liberales son los conservadores”,⁷⁵ acusaba a Cabrera y al grupo renovador de “retoños” del porfiriato, ya que despóticamente excluían a los católicos acusándolos de conservadores y de enemigos del progreso.⁷⁶ Cabrera no era más que la continuación del liberalismo “exclusivista” de Juárez y de Díaz, además de que violaba la “razón” de la revolución, esto es, el sufragio efectivo.⁷⁷

Al contrario de *El País*, *La Nación* no deslegitimó a todo el gobierno de Madero a través de sus ataques a la Cámara de Diputados y al bloque renovador. Consideró que se había apoderado de la Cámara una facción de los revolucionarios, aquella anárquica. Pero que existían débiles posibilidades de negociar con Madero con el fin de detener esa avalancha radical. Con este objetivo, a finales de septiembre y principios de octubre, *La Nación* publicó varios editoriales para influir en la composición del gabinete presidencial y en la marcha del régimen. *La Nación* atacó violentamente a Pino Suárez acusándolo de ser el líder de los maderistas renovadores y de intentar excluir a todos los que olieran a viejo régimen. Según el periódico católico, Pino Suárez, al contrario de Madero, quería el enfrentamiento en lugar de la reconciliación y trabajaba a favor de una nueva guerra civil auspiciando la “renovación” de la revolución.⁷⁸

Madero intentó sostener la alianza con el PCN por distintos medios. Para diciembre de 1912 se convocaron a elecciones para gobernador, diputados locales y presidentes municipales en varios estados de la República. El presidente ordenó al gobernador de Chiapas conceder todas las seguridades y facilidades políticas a los candidatos católicos y, en el caso de Puebla, recomendó a Nicolás Meléndez llegar a un acuerdo con los candidatos del PCN y otras

fuerzas electorales para evitar que fueran electos políticos del porfiriato.⁷⁹ Buscando un acercamiento con la Iglesia, el Ministro de Gobernación se entrevistó con el delegado apostólico para solicitar su apoyo en la pacificación del país.⁸⁰ Finalmente, según Vera Estañol, Madero nombró a Lascuráin como Ministro de Relaciones Exteriores para acercarse a los católicos que le habían retirado su apoyo.⁸¹

La ruptura con Madero y la unión de los grupos católicos (diciembre de 1912-febrero de 1913)

Sin embargo, los debates parlamentarios sobre las “cuestiones” obrera, agraria y electoral y, sobre todo, que el PCN consideró en ascenso la influencia de los renovadores en el gobierno de Madero, recrudecieron los enfrentamientos entre los católicos y el régimen maderista.

El 12 de noviembre de 1912, el diputado renovador Luis Manuel Rojas presentó una iniciativa para normar las relaciones obrero-patronales, la cual generó un enfrentamiento entre Francisco Elguero, por un lado, y Juan Sarabia y Jesús Urueta, por el otro. El diputado católico aprovechó la ocasión para exaltar el plan obrero propuesto por la *Rerum Novarum*, y acusó al capitalismo y al socialismo de teorías disolventes de la sociedad, al establecer una competencia y enfrentamiento entre los factores económicos. Para Elguero, se deberían proteger los derechos de propiedad de los industriales y el bienestar de los trabajadores, soluciones que únicamente contemplaba el proyecto social católico.⁸²

Los diputados renovadores intervinieron y Macías defendió el socialismo de los ataques católicos y lo señaló como la única opción para la sociedad mexicana. Atacó a Elguero con el argumento de que la riqueza era generada por los obreros y no por el capitalista, quien se apropiaba injustamente de la mayor parte de las ganancias.⁸³ La lucha de clases era un elemento básico de la justicia, al contrario del equilibrio católico.

La Nación definió las posturas de los renovadores como teorías socialistas y anarquistas que peligrosamente se trataban de imponer al gobierno maderista.⁸⁴ En el editorial del 6 de diciembre, titulado

significativamente “Desencadenar la jauría”, *La Nación* acusó a los renovadores de empujar a los obreros a hacerse justicia por su propia mano. Valiéndose de un argumento que *El País* había citado para descalificar a la revolución y a Madero, *La Nación* acusó a Urueta y a Sarabia de zapatistas que sólo buscaban el enfrentamiento civil.⁸⁵ La revolución en marcha y el gobierno de Madero, remarcaba en otro editorial, sólo presagiaban tormentas que se aproximaban.⁸⁶

La presentación en la Cámara de Diputados del conocido proyecto agrario de Luis Cabrera suscitó una dura respuesta de *La Nación* y de *El País*. Este último periódico tituló su editorial del 7 de diciembre “El último capítulo del Plan de Ayala”, ya que Cabrera, al igual que Zapata, intentaba violar los derechos de propiedad al crear ejidos y fraccionar las haciendas. *La Nación*, por su parte, acusó al proyecto de “soliviantar” a las masas con absurdas exigencias y monstruosas pretensiones que ocasionarían una nueva guerra civil.⁸⁷ Para los dos periódicos católicos, el proyecto agrario de Cabrera era la confirmación a sus temores de que el régimen maderista se acercaba a un socialismo agrario que se identificaba peligrosamente con las demandas del zapatismo. Al igual que los demás grupos antimaderistas que tenían en *El Imparcial* su principal órgano de difusión, *El País* y *La Nación* difundieron ampliamente el temor al “zapatismo” con el fin de minar la base de poder y de legitimidad del gobierno maderista. Contribuyeron a difundir y construir el “discurso del miedo” que tanto preparó el golpe de Estado de 1913.⁸⁸

El 25 de noviembre de 1912 el diputado Luis Manuel Rojas propuso modificar el artículo 117 de la ley electoral para prohibir que cualquier partido político se identificara con el nombre de una religión, secta, etc.⁸⁹ La iniciativa, como lo reconoció Rojas, iba dirigida contra el PCN, ya que éste usaba su emblema para ganar votos entre los fervientes católicos y violaba la tajante separación entre la Iglesia y el Estado, establecida por la Constitución de 1857.

La Nación dirigió el debate católico en contra del proyecto de Rojas y lo acusó de pretender destruir al PCN basándose en consideraciones erróneas, ya que la organización política católica no representaba a la Iglesia y los obispos no violaban la Constitución de 1857 al llamar a los católicos a sufragar a favor de su conciencia. *La Nación* exigió a Madero definirse explícitamente sobre la reforma a

la ley electoral, ya que si la aprobaba violaría el antiguo pacto político establecido con los católicos cuando aceptó la candidatura del PCN. Significativamente, el 4 de diciembre de 1912 se publicó en primera plana la carta que Madero envió al Centro General en 1911, aprobando la organización del PCN como el primer fruto de la revolución, y a continuación *La Nación* preguntaba “¿Habrá faltado a su palabra el señor Madero?”.⁹⁰ El periódico católico exigía una “prueba”, para saber si el presidente seguía siendo imparcial o si apoyaba totalmente a los renovadores. “La prueba de que hablamos no deja de ser interesante, aunque muy dura y tal vez muy amarga, porque de su resultado depende el que la nación pueda verse entre las garras de una secta”.

Además de las iniciativas en el Congreso, *La Nación* y *El País* encontraron en dos circunstancias políticas las “pruebas” de que los maderistas renovadores estaban apoderándose del gobierno. En primer lugar, la posible integración de Luis Cabrera y Gustavo Madero al gabinete presidencial. A principios de diciembre se dio por un hecho la designación de Cabrera como ministro de Gobernación, cargo que ocupaba Jesús Flores Magón. Aunque Madero no confirmó el nombramiento debido a la oposición de varios Ministros,⁹¹ *La Nación* criticó que se considera a Cabrera para un puesto de tanto peso político desde donde “sería el llanero de la política de la porra”.⁹²

De nueva cuenta, en los meses de diciembre, enero y febrero corrió el rumor de que Gustavo Madero, prominente diputado renovador, sería nombrado Ministro. De inmediato los diarios católicos mostraron su miedo al ascenso renovador. *El País* acusó a Gustavo de intentar desbancar a su hermano de la presidencia para imponer en el país una política anárquica.⁹³ A unos cuantos días del golpe de Estado, *La Nación* destacó “el radicalismo” de Gustavo y previno que su designación como presidente de la República sería como dar un rayo a un niño inmaduro.⁹⁴

Y en segundo lugar, los periódicos católicos consideraron que en la Cámara de Diputados se aprobarían todas las leyes “anárquicas y socialistas” debido al fortalecimiento parlamentario del bloque renovador. Para los católicos eran pruebas inequívocas el que los renovadores hubieran acaparado los principales puestos de la Comisión permanente y recibido el apoyo de los diputados, encabezados por

Iglesias Calderón. *La Nación* atacó a los renovadores por su “afán de suicidio” al querer dominar por completo la Cámara a través de la Comisión permanente. Con el dominio de la Cámara el grupo renovador podría cumplir su meta de eliminar a sus enemigos, los católicos y los científicos. Y concluía “que ese grupo no se ha contentado con vencer sino que ha querido humillar [...] en sus tendencias extremistas ha llegado a pensar que su victoria no será definitiva sino cuando haya reducido a pulpa a sus enemigos”.⁹⁵ Llamaba a los católicos a “defenderse” contra el común enemigo.

Entre noviembre de 1912 y febrero de 1913, los católicos maderistas y los antimaderistas consideraron que no existían posibilidades de negociar con Madero; por el contrario, el gobierno era un peligro al haber caído bajo la influencia de los maderistas renovadores. Habría que parar al gobierno maderista y al bloque renovador, y el golpe de Estado de 1913 fue el camino que los católicos apoyaron. En marzo de 1913 Arnulfo Castro presentó la postura de los católicos ante el golpe militar de Huerta: “En fin, el infeliz Madero ya acabó. Ojalá que el régimen de la porra (de los renovadores) y de la ineptitud haya acabado también y que entremos en una era de justicia y de paz”.⁹⁶

A manera de conclusión

Desde el inicio del Partido Antirreeleccionista, Francisco I. Madero planteó conformar un amplio frente político a favor de un cambio democrático en la vida del país. En el programa político y social del maderismo, los opositores a Díaz y los que buscaban reivindicar demandas de tierras o laborales encontraron motivos y razones para unírsele. Característico de la heterogeneidad del antirreeleccionismo fue el apoyo a Madero de liberales antiporfiristas y de parte de los dirigentes católicos. Como presidente, Madero intentó mantener este amplio frente heterogéneo y aún incorporar a una parte importante de la élite porfirista. Sin embargo, la desaparición del principal punto de convergencia, la dictadura de Díaz, y la conformación de un régimen posrevolucionario, sacó a la luz pública viejas y nuevas pugnas entre los grupos políticos antirreeleccionistas. En este ensayo

me concentré en la lucha entre maderistas liberales o renovadores, y los católicos.

El enfrentamiento entre estos dos enemigos tradicionales fue frontal en la XXVI Legislatura, institución desde la cual ambos grupos políticos esperaban influir en la marcha del gobierno. En la lucha de estos dos grupos se pueden hacer resaltar algunas de las principales tensiones insolubles que sufrió el régimen maderista: las pugnas históricas entre anticlericales y ultramontanos, luchas entre élites urbanas por ampliar sus bases de poder entre campesinos y obreros, pugnas entre distintos proyectos agrarios y laborales y, sobre todo, divergencias sobre el alcance y el sentido de las demandas insatisfechas por la revolución de 1910. Católicos y maderistas renovadores partían de supuestos opuestos sobre el para qué y hacia dónde del régimen posrevolucionario. Cuando los católicos consideraron que sus contrincantes impondrían su proyecto, apoyaron el golpe de febrero de 1913.

Fuentes

Archivo General de la Nación (AGN)

 Archivo Francisco I. Madero

 Archivo Francisco Iglesias Calderón

Biblioteca Condumex

 Archivo Federico González de la Garza

Biblioteca del INAH

 Archivo Francisco I. Madero

Biblioteca Nacional. CESU

 Archivo Palomar y Vizcarra

La Nación (México, junio de 1912-mayo de 1913)

El País (México, junio de 1912-mayo de 1913)

Bibliografía

ADAME GODDARD, Jorge. *El pensamiento político y social de los católicos mexicanos. 1867-1914*. UNAM-IIH, México, 1981.

- AGUIRRE, Amado. *Memorias de campaña*. INEHRM, México, 1985.
- ARENAS GUZMÁN, Diego. *Historia de la Cámara de Diputados de la XXVI Legislatura Federal*. Diario de los Debates. INEHRM, 4 vols., México, 1961.
- BASTIAN, Jean Pierre. *Los disidentes. Sociedades protestantes y revolución en México, 1872-1911*. Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México, México, 1989.
- BANEGAS GALVÁN, Francisco. *El porqué del Partido Católico*. Jus, México, 1960.
- BRAVO UGARTE, José. *Historia de México. Tomo 3, segunda parte*. Jus, México, 1959.
- CABRERA, Luis. *Obras Completas Vol IV: Obras políticas*. Oasis, México, 1975.
- CEBALLOS, Manuel. *La Rerum Novarum. El catolicismo social, un tercero en discordia*. El Colegio de México, México, 1992.
- COCKROFT, James. *Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana*. Siglo XXI, México, 1971.
- CÁRDOPA, Arnaldo. *La ideología de la Revolución Mexicana. La formación del nuevo régimen*. ERA, México, 1973.
- CORREA, Eduardo. *El Partido Católico Nacional y sus directores. Explicación de su fracaso y deslinde de responsabilidades*. Fondo de Cultura Económica, México, 1992.
- ESTRADA, Roque. *La Revolución y Francisco I. Madero, primera, segunda y tercera etapas*. Talleres de la Imprenta americana, Guadalajara, 1912.
- FABELA, Isidro. *Documentos históricos de la Revolución Mexicana. Revolución y régimen maderista*. Fondo de Cultura Económica, México, 1964-65.
- GUERRA, François Xavier, "Les élections législatives de la révolution mexicaine. 1912" en *Mélanges de la Casa de Velázquez* t. X, 1974, pp. 421-456.
- México: Del Antiguo Régimen a la Revolución*. Fondo de Cultura Económica, México, 1988.

- KNIGHT, Alan. *The Mexican Revolution*. University of Nebraska Press, Lincoln, 1990.
- LaFRANCE, David. *The Mexican Revolution in Puebla, 1908-1913. The Madero Movement and the Failure of Liberal Reform*. SR Books, Wilmington, Delaware, 1989.
- MAC GREGOR, Josefina. *La XXVI Legislatura. Un episodio en la historia legislativa de México*. Cámara de Diputados, México, 1983.
- MADERO, Francisco. *La sucesión presidencial*. EOSA. México, 1985.
- MEYER, Jean. *La cristiada*. Siglo XXI, 3 vols., México, 1973.
- *Los católicos hasta 1913*. IMDSC, México, 1986.
- PARTIDO CATÓLICO NACIONAL, “Guía Teórica Práctica” en *El Partido Católico* (13 de febrero de 1912).
- *Programa y Estatutos*. *El Tiempo*, México, 1911.
- PICCATO, Pablo. *Congreso y Revolución. El parlamentarismo en la XXVI legislatura*. Tesis de Licenciatura en Historia, FFyL-UNAM, México, 1990.
- QUIRK, Robert. *The Mexican Revolution and the Catholic Church. 1910-1929*. Indiana University Press, Bloomington, 1973.
- RODRÍGUEZ KURI, Ariel, “El discurso del miedo: *El Imparcial* y Francisco I. Madero” en *Historia Mexicana* xv:4 (abril-junio de 1991).
- SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, Martín, “Los católicos. Un grupo de poder en la política michoacana 1910-1924” en *Relaciones* xii:5, pp. 195-22 (1992).
- VERA ESTAÑOL, Jorge. *La Revolución mexicana. Orígenes y resultados*. Porrúa, México, 1957.

Notas

1. Knight, 1990, I:460-490 y Piccato, 1990, 114.
2. Para el examen de los principales postulados de la encíclica ver Ceballos, 1992, p. 45, Adame Goddard, 1981 y Sánchez Rodríguez, 1992.

3. Rodríguez Kuri, 1991, p. 702.
4. Para la discusión doctrinal en los Congresos y sus resultados consultar Ceballos, 1992, capítulo V.
5. Como señalaba ufano Francisco Traslosheros a Miguel Palomar y Vizcarra en febrero de 1909, "positivamente tales asambleas han sido el campo de unión... por todo el territorio los congresos van reuniendo lo mejor y más granado de los católicos. . . surgiendo por doquier escuelas, publicaciones, sociedades obreras, ligas de todas clases, círculos, etc. ...de modo que, aunque suponiendo que no se lleven a cabo todos los acuerdos tomados, se nota un unánime despertar por todas partes". Citado en Ceballos, 1992, pp. 177-178.
6. Ceballos, 1992, p. 353.
7. CESU. Palomar c. 39, exp. 305, A proposito de las Cajas rurales en *Hojas sueltas*, 16 de marzo de 1911.
8. Sánchez, 1992.
9. Adame Goddard, 1981, p. 169.
10. CESU. Palomar c. 40, exp. 313, Moreno a Palomar, México, 27 de mayo de 1909.
11. Adame Goddard, 1981, p. 141.
12. Partido Católico Nacional 1911.
13. Partido Católico Nacional 1911, artículo 5.
14. Partido Católico Nacional 1911, artículo II.
15. Correa, 1992, p. 87.
16. CESU. Palomar c. 40, exp. 316, Hoja de los Operarios Guadalupanos, 1 de septiembre de 1911.
17. *El Tiempo*, 21 de diciembre de 1910 citado en Ceballos, 1992, p. 338.
18. CESU. Palomar, c. 40, exp. 316 Circular de los Operarios Guadalupanos, 1 de agosto de 1912.
19. CESU. Palomar c. 40, exp. 316, Circular de los Operarios Guadalupanos, 1 de septiembre de 1911.
20. Correa, 1992, p. 89.
21. CESU. Palomar, c. 40, exp. 313, Moreno a Palomar, Monterrey, 11 de mayo de 1909. En distintas regiones, los católicos recibieron con entusiasmo al movimiento político maderista, hasta el grado de que los seminaristas de Puebla se unieron a varias manifestaciones a favor del Partido Democrático y un sacerdote señaló que Madero era la solución a los problemas del país y el candidato de amplios sectores católicos. Estrada, 1912, pp. 177-178.

22. Bravo Ugarte, 1959; Correa, 1992, p. 121 y Adame Goddard, 1981, p. 176.
23. Meyer, 1973.
24. CESU. Palomar, c. 40, exp. 317, Palomar, Discurso de diciembre de 1911.
25. CESU. Palomar, c. 40, exp. 316, Palomar a Galindo, México, Guadalajara, octubre de 1911.
26. CESU. Palomar, c. 40, exp. 318, De la Hoz a Palomar, México, 22 de junio de 1912.
27. Guerra, 1988, Anexo II. Para una lista de los integrantes del Círculo Católico Palomar, c. 40, exp. 316, Se proponen para la mesa directiva en la reunión establecida en México, s/f.
28. Guerra, 1988, II: 136 y 203.
29. Madero, 1985, p. 280.
30. Citado en Adame Goddard, 1981, p. 171.
31. Banegas Galván. 1960, p. 50.
32. CESU. Palomar, c. 40, exp. 316, Mora a Palomar, México, 12 de agosto de 1911.
33. Ceballos, 1992, p. 414.
34. CESU. Palomar, c. 40, exp. 316, 317 y 318 para la campaña del PCN en Jalisco. Fabela, 1964-1966. VI:ii, número, 484, pp. 417-418, Robles Gil a Madero, Guadalajara, 15 de diciembre de 1911.
35. Fabela 1964-65, VI:II, número 569.
36. CESU. Palomar, c. 40, exp. 319, López Portillo a Palomar, Presidente de la Cámara de Diputados Local, México, 10 de agosto de 1912.
37. Correa, 1992, p. 107.
38. El PCN retiró su candidatura al distrito con cabecera en Cholula para que ganara el candidato del PCP y en Jalisco, según Amado Aguirre, el Presidente ordenó a varios candidatos del PCP que se retiraran de la contienda con el fin de favorecer a los católicos. La France, 1989, p. 202, nota 62 y Aguirre, 1985, p. 24.
39. *El País*, 9, 12 y 16 de julio de 1912.
40. *La Nación*, 5, 13 y 20 de julio y 3 de septiembre de 1912.
41. CESU. Palomar, c. 40, exp. 318, Correa a Palomar, México, 13 de junio de 1912.
42. Córdova, 1973, p. 87.
43. Para la política de conciliación ver Bastian, 1989, p. 176; Adame, 1981, Ceballos, 1992 y Sánchez, 1992.
44. Guerra, 1988, II:13.

45. Cockcroft, 1971, capítulo IV.
46. Guerra, 1988, I:443.
47. Guerra, 1988, II:20.
48. Bastian, 1989, p. 253.
49. Cabrera, 1975, III:259, Entrevista en *El Tiempo*, 19 de julio de 1911.
50. Arenas, 1961, I: 129.
51. Córdova, 1973, p. 137
52. *El Diario del Hogar*, 27 de junio de 1912.
53. Fabela, 1964-65, VIII:IV, número 847, pp. 61, Marrón a Madero, México, 1 de agosto de 1912. González de la Garza, c. 21, ff. 2033, González de la Garza a Madero, México, 18 de junio de 1911.
54. Fabela, 1964-65, VI:II, número 517, pp. 473-480, Madero a Iglesias, México, 27 de diciembre de 1911.
55. González de la Garza, c. 25, ff. 2438, Manifiesto del PCP, México, 12 de abril de 1912.
56. INAH-Madero, rollo 12, Madero a Guadalupe González, México, 22 de junio de 1912; González Garza, c. 27, ff. 2657, Sánchez a González, Oaxaca, 8 de junio de 1912.
57. Como lo reconoció el gobernador Manuel Mestre Ghigliaza, "Recibí la carta de U. pero si el señor Presidente me hubiera manifestado sus deseos en materia electoral desde el principio del año, hubiera sido fácil cumplirle en todo" Fabela, VI:II, número, 740, pp. 363-365, Mestre a Pino Suárez, Tabasco, 8 de mayo de 1912.
58. Guerra, 1974.
59. AGN. Iglesias Calderón, c. 12, exp. 6, ff. 135, Iglesias a ¿?, México, 21 de julio de 1912.
60. Piccato, 1990 y McGregor, 1983.
61. MacGregor, 1983, p. 44.
62. Correa, 1992, p. 118.
63. Eduardo correa, "Recuerdos de la XXVI Legislatura" publicados en *El Diario de Yucatán*, Mérida, 6 de noviembre de 1955.
64. Arenas, 1961,I:128.
65. Arenas, 1961, I:128.
66. Arenas, 1961, I:131.
67. Arenas, 1961, I:129.
68. Arenas, 1961, I:185.
69. Aseguraba Elguero, "En esta situación de revolución latente ¿nos considerais tan antipatriotas que llegueis a suponer venimos a proponer

reformas que, ahora que las pasiones están bullentes, no producirán más resultados que el de la leña al fuego” Arenas, 1961, I:188.

70. *La Nación*, 13 de septiembre de 1912.
71. *El País*, 13 de septiembre y 2 y 23 de octubre de 1912.
72. *El País*, 16 de septiembre de 1912.
73. *El País*, 19 de septiembre de 1912.
74. *La Nación*, 18 de septiembre de 1912.
75. *La Nación*, 14, 15 y 21 de septiembre de 1912.
76. *La Nación*, 14 de septiembre de 1912.
77. *La Nación*, 15 de septiembre de 1912.
78. *La Nación*, 1 de octubre de 1912.
79. INAH-Madero, rollo 11, Madero a Gobernador de Chiapas, 6 de noviembre de 1912 e INAH-Madero, rollo 11, Madero a Nicolás Meléndez, México, 6 de noviembre de 1912.
80. *El País*, 6 de diciembre de 1912.
81. Vera Estañol, 1957, p. 243.
82. Arenas, 1961, III:40.
83. Arenas, 1961, III:86.
84. *La Nación*, 3 de diciembre de 1912.
85. *La Nación*, 6 de diciembre de 1912.
86. *La Nación*, 7 de diciembre de 1912.
87. *La Nación*, 30 de noviembre de 1912. El 29 de diciembre de 1912 y el 25 de enero de 1913, a unos días del golpe, el periódico señaló que la dirigencia renovadora había “embriagado a nuestras clases humildes con ofertas acerca del origen de la propiedad, en la injusticia del actual estado de la organización de las clases, en aspiraciones utópicas a una igualdad imposible, en un sentimiento general de irritación y rebeldía”. *La Nación*, 25 de enero de 1913.
88. Rodríguez Kuri, 1991.
89. Arenas, 1961, IV:211.
90. *La Nación*, 4 de diciembre de 1912.
91. Cumberland, 1977, p. 417.
92. *La Nación*, 1 de diciembre de 1912.
93. *El País*, 6 y 20 de diciembre de 1912.
94. *La Nación*, 8 de febrero de 1912.
95. *La Nación*, 16 de diciembre de 1912.
96. CESU. Palomar, c. 40, exp. 321, Castro a Palomar, México, 6 de marzo de 1913.